

MANUEL LARRAÍN: UN OBISPO SORPRENDENTE

Por Carlos González Cruchaga (Presentación)

He leído dos veces y voy a seguir leyendo el libro de Carlos González sobre Manuel Larraín. Lo he gozado porque conocí mucho a don Manuel y conozco mucho a don Carlos. Y aun antes de empezar mi lectura yo sabía ya tres cosas.

La primera es que Carlos fue el sucesor de don Manuel. No sé que tanto don Manuel y él fueron amigos íntimos. Había entre ellos una gran diferencia de edad. Sé que don Manuel lo estimaba mucho y le tenía una gran simpatía. Solía contar que, obsesionado como vivió siempre con la vejez y su inevitable decadencia, le había pedido a Carlos que, cuando advirtiera las primeras señales de que ya empezaba a no estar tan apto para seguir atendiendo bien a su diócesis, se lo hiciera saber. “¿Quién mejor que Carlos González para cumplir una misión así”?, decía. Conocía el estilo directo y de pocos rodeos de quien, alguna vez, sería su sucesor y escribiría su vida.

En todo caso don Manuel, durante 30 años, dejó su huella en las provincias de Talca y Curicó y la parte costera de la de Colchagua. Y durante 30 años Carlos ha contemplado los mismos paisajes, ha transitado por los mismos caminos, ha visitado los mismos pueblos y los mismos campos y ha celebrado y predicado en las mismas iglesias y capillas. Carlos sabe leer las huellas. Y de esa lectura atenta y cariñosa, ha salido este libro.

Una segunda consideración es que don Carlos y don Manuel, buenos cristianos ambos y buenos obispos, eran hombres muy diferentes, tan diferentes como pueden serlo dos obispos chilenos y, al mismo tiempo, con

grandes parecidos. Y siempre es interesante ver a un hombre a quien uno ha visto con sus propios ojos, a través de ojos diferentes y más aun cuando esos ojos son de lucidez penetrante y de gran respeto y cariño, como son los de Carlos.

Y finalmente una tercera observación previa. Carlos nos dice en su libro que don Manuel fue un obispo sorprendente. Pero su sucesor y biógrafo también lo es. Durante 60 años, Talca ha tenido el privilegio de tener como pastores obispos sorprendentes. Menos mal que hubo también algunos obispos auxiliares, que pasaron mas desapercibidos y que nunca causaron sorpresa alguna.

Tenemos pues un libro escrito por un obispo sorprendente, sobre otro obispo sorprendente.

Vamos ahora al libro mismo. Don Carlos no es solo un obispo sorprendente: es también un autor sorprendente. Los que lo han leído -¿y quién no lo ha leído?- saben que sus libros atraen, por lo general, por la personalidad del autor y también por un título sugerente, a veces enigmático. Una vez empezada la lectura, cuesta interrumpirla. No es solo el interés del tema: es la magia del estilo. Carlos es parco en palabras. Se le conocen pláticas que no han pasado de los dos o tres minutos. Pero la fluidez que al parecer no tienen sus cuerdas vocales –suele recordar que cuando él era niño, su padre le decía: ¡articula! - la tiene la mano armada de una pluma.

El “estilo”, decía Buffon, un gran naturalista francés que escribía muy bien, “es el hombre”. Y Pascal contaba que, al empezar a leer un libro se había llevado una gran sorpresa: creía encontrar un autor y había

encontrado un hombre. El autor de este libro es un hombre y su estilo es ese mismo hombre.

Carlos escribe con impaciencia. Es a veces desordenado, repetitivo. Le gustan las digresiones. Cuando se aburre de discurrir, intuye. Y sus intuiciones son geniales. Para escribir esta biografía, se ha documentado bien pero no ha escrito un libro erudito y pesado. Ha pintado un retrato: pero la suya no es una pintura académica, en que todo es perfecto pero que nos deja fríos. Carlos es un impresionista. No le interesan los detalles, las minucias, las exactitudes. Le gusta pintar la luz, el reflejo del sol sobre los objetos, la hora del día o la estación del año. Y con “Manuel Larraín, un obispo sorprendente” lo ha logrado.

Yo conocí bastante a don Manuel. Cuando, a los 17 años, entré a estudiar medicina en la Católica, don Manuel era algo así como un capellán de la Escuela. Tenía 30 o 35 años. Aun conservaba un poco de pelo como se le ve en la primera foto del libro. Era muy apostólico, muy pastor. Se acercaba a cada uno de nosotros, nos recomendaba o nos prestaba libros, nos invitaba a reuniones. Los alumnos lo querían. Ya era nervioso y recuerdo a un compañero quien, para hacer sufrir a don Manuel, subía al 4º piso de la Escuela, donde había una terraza rodeada de un parapeto de ladrillos, interrumpido cada tres o cuatro metros por un hueco de uno o dos metros y corría por este parapeto, saltando por sobre los espacios huecos, para ver a don Manuel, pálido como la muerte, tapándose la cara a dos manos y suplicándole que pusiera fin a su locura.

Más tarde, cuando creí sentir el llamado de Dios a dejarlo todo y a seguirlo, conversé con don Manuel y recuerdo algunas largas cartas, escritas con tinta verde, por las que me ayudaba a discernir mi camino.

Siendo ya sacerdote, me pidió don Manuel que fuera vice-asesor nacional de la Acción Católica Chilena de la cual él era el asesor. Lo acompañé en congresos dentro y fuera de Chile y pude constatar la admiración y el cariño que todos le tenían y ese don maravilloso de cercanía, de amistad con todos, de sencillez y de amenidad que lo caracterizaban.

Hasta que, estando en Roma, me citaron a la Congregación de Obispos para notificarme que había sido nombrado Auxiliar del Obispo de Talca. El Cardenal Prefecto me preguntó si tenía alguna objeción. “¡Él sabrá!” le contesté. Él me había pedido, por supuesto que sin consultarme a mí, y la responsabilidad era de él.

Y vinieron mis tres años como Obispo Auxiliar de Talca. Fueron talvez los más felices de mi vida de Obispo. Don Manuel me alojó en su casa de la 1 Oriente, pasada la 2 Sur. Nunca tuvimos ni un sí ni un no. Era acogedor, atento a todos los detalles, respetuoso de mi privacidad, entretenido, interesante, ameno. Yo aprendí mucho con él, de él y de los talquinos. Y cuando, tres años después –sin consultarme- y con mucha pena mía, me trasladaron de Obispo a Temuco, él me fue a dejar en auto y me acompañó con gran cariño. Al dejar Talca, yo había dicho: “El que parte a Temuco es un talquino”. Y todavía queda en mí mucho de talquino, en el recuerdo y en el cariño.

Dicho esto, comprenderán ustedes el ansia con la cual me sumergí en este libro. ¡Cuántos recuerdos! ¡Cuánta nostalgia de días muy felices! Y cuanto bien me ha hecho reencontrar por algunas horas la compañía de un hombre, de un sacerdote, de un maestro espiritual, de un pastor, de un profeta que era a la vez un hombre fino, sencillo, noble, caballeroso y

también vibrante, inquieto, apasionado, respetuoso de todos y que nunca quiso herir a nadie. “No había nacido para dar ni para recibir golpes”, escribí a los pocos días de su muerte. Había nacido para querer y para ser querido. Y lo fue.

Durante 30 años, Talca fue don Manuel. Más que la estatua de él en la Plaza – que lo evoca muy bien en su sencillez- su monumento es la Catedral. Creo que ella fue el gran amor y la gran satisfacción de su vida de pastor. Pontificando en ella, él era el mismo, el que quería ser: el Obispo de la Iglesia Católica, el pastor de Talca, el predicador de la palabra de Dios, el líder acompañado de su comunidad, el padre rodeado de su familia. Y cuando todo Chile se juntó frente a la Catedral para darle la última despedida, entre los llantos y las plegarias, un sentimiento unánime nos embargaba a todos: la sensación de un vacío, de un enorme e irreparable vacío.

Gracias a don Carlos por haber, con su libro, ayudado a colmar un poco ese vacío.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena